



EL RECUERDO DE DIOS

Por Héctor Ituarte

Una tradición espiritual puede comenzar a describirse hablando de tres puntos fundamentales: la Verdad, la Virtud y la Vía. La Verdad se refiere a la Doctrina metafísica que es el fundamento de esa tradición; la Virtud nos dice cuáles son las condiciones que debe desarrollar o poseer el discípulo para comenzar a caminar hacia la Verdad; la Vía es el sendero o el método central de esa tradición que ha de practicar el buscador. A veces se habla de la Ley, la Verdad y el Método y se imagina un círculo donde la Ley es la circunferencia, la Verdad es el centro y los radios son los caminos o métodos para alcanzar la Verdad.

En el Islam y su núcleo, que es el Sufismo, la Verdad es que “no hay dios salvo Dios” es decir, el testimonio de Fe “*la ilaha illa Allah*”. Esta es la Doctrina de la Unidad Divina o *tawhid*. Lo único real es Dios. La Virtud del discípulo está configurada por la “pobreza”, el “discernimiento” y la “sinceridad”. Y el método, la Vía, es el *Dhikr Allah*, el recuerdo de Dios.

La palabra *Dhikr* (pronúnciese *Zikr*) significa “recuerdo”, pero también “mención, oración, invocación”. En el sufismo también es uno de los nombres del Corán, que es el Gran Recordatorio. Precisamente, en el libro sagrado hay numerosas menciones que se refieren al *Dhikr*:

Allah dice en el capítulo 2: “Acordaos de Mí, Yo me acordaré de vosotros” o “Mencionadme y yo os mencionaré”.

“Invocad a Allah o invocad al Misericordioso (*ar-Rahman*)... Sea cual sea el nombre que invoquéis, suyos son los más hermosos nombres” (Capítulo 17).

“Dios dirige hacia El a aquellos que creen y cuyos corazones se apaciguan con el recuerdo de Dios, porque ciertamente con el recuerdo de Dios se sosiegan los corazones...” (Capítulo 24).

El Corán afirma que el recuerdo, la mención, la evocación de Dios es la vía por excelencia de salvación. Tiene un valor absoluto con respecto a todas las otras prescripciones rituales.

Desde la perspectiva doctrinal, el *dhikr* es la toma de conciencia por parte de la criatura, del vínculo que eternamente lo une al Creador, y en este aspecto constituye la esencia misma de la religión en el profundo sentido de “religar”. Y esto en dos sentidos: exteriormente el hombre se acuerda que Dios es su

Señor. En sentido interno, la Presencia Divina se revela como algo interior al ser humano.

Desde el punto de vista práctico u operativo, es *dhikr* cada uno de los medios que la Revelación ha puesto a disposición del hombre para ayudarlo a actualizar esa conciencia: la oración ritual, la lectura del Corán, el ayuno, la limosna, la oración individual. Y ya en el marco del Sufismo, específicamente, es la práctica del *dhikr* siguiendo las instrucciones de un maestro que las guía.

Nurbaksh, un maestro sufi contemporáneo, ha definido el *dhikr*, como “la absoluta atención en Dios, mientras se olvida todo lo que no es Él” y explica que la señal de estar enamorado es permanecer en constante recuerdo del Amado. Por eso el Corán insiste:

“Recuerda a tu Señor día y noche...”

“Recuerda a tu Señor más y más y alábale en el amanecer y en el ocaso...”

“Oh creyentes, recordad a Dios una y otra vez...”

Pero prácticamente, ¿Cómo se hace esto? El *dhikr* es la repetición de una palabra o una frase sagrada. Puede ser la Sahada o testimonio de fe, “la illaha illa Allah”, es decir, repetir “no hay dios, sino Dios”. A menudo es uno de los Nombres o Atributos de Dios. Dios tiene 99 nombres, pero el primero de

ellos es Allah, que es su nombre supremo y contiene todos los atributos. El Corán lo expresa con gracia en el capítulo 6: “*Di Allah y después déjales que se diviertan en su locura*” cita que iluminó el corazón de Abu Said, y al escucharla se retiró a su casa y repitió ¡Allah! ¡Allah! durante 7 años, según cuenta él mismo, “hasta que cada átomo de mí empezó a gritar ¡Allah, Allah, Allah !

En el núcleo del *dhikr* se encuentra el principio del recuerdo: a base de repetir su Nombre, Le recordamos no en la mente sino en el corazón, y llega un momento en que cada célula del cuerpo repite el *dhikr*, repite su nombre. Se dice que primero haces tú el *dhikr*, y luego el *dhikr* te hace a ti. Los sufis dicen que el *dhikr* “canta en nuestras venas”.

Notablemente la descripción que hace un sufi contemporáneo de cómo el *dhikr* nos transforma es análoga a la descripción vedantina de la transformación de los vrittis. Cito: “*la vida espiritual significa aprender a ser unidireccional, a concentrar toda nuestra energía en una dirección, hacia Él. A medida que repetimos su Nombre, alteramos los surcos de nuestro condicionamiento mental, surcos que como los de un disco tocan la misma melodía una y otra vez, repiten los mismos esquemas que nos atan a nuestros hábitos mentales. El dhikr sustituye gradualmente estos viejos surcos por el surco único de Su Nombre*”.

Se dice que se llega a ser lo que uno piensa. Si pensamos en Allah nos hacemos uno con Allah. Pero esto no es efecto de mera concentración mental. No, el secreto del *dhikr* como del mantra es que se trata de una palabra sagrada que conlleva la esencia de aquello que nombra. Este es el misterio de “la identidad de Dios con su Nombre”. El nombre de Allah es amado por los sufis porque es el más cercano a Su esencia. Es el acceso a su Divina Esencia, permite a sus siervos acercarse más a Él. Se puede evocar su presencia dentro del corazón, ayudándonos a recordar-Le y al recordar-Le llegar a unirse a Él, llegar a perderse en Él.

Dentro de nuestro corazón estamos unidos con el Amado. Cuando conscientemente aspiramos a recordarle a Él, la práctica de la meditación y el *dhikr* despiertan este estado preexistente de unidad. Nuestro corazón se abre y canta al Creador, junto con la canción de todas las criaturas que alaban al Señor.

Para el enamorado hay profunda alegría en repetir el nombre del Amado invisible que está a la vez tan cerca y tan lejos. Cuando decimos su Nombre, Él está con nosotros. Allah recuerda a aquellos que le recuerdan. El Nombre que repetimos, dicen los sufis, es el Nombre por el que Le conocíamos antes de que naciéramos. Es el Nombre grabado en nuestros corazones. El *dhikr* nos hace cada vez más conscientes de nuestra unión con Dios.

El Nombre revela aquello que nombra y el enamorado empieza a ver que no hay nada sino Dios. De tanto repetir el Nombre el enamorado se identifica con el Amado que ha estado oculto en su corazón, y la respuesta de Dios es retirar gradualmente los velos que Le mantienen oculto. Entonces el enamorado le encuentra no sólo oculto en su corazón, sino también en el mundo exterior, porque ahora “mires donde mires, allí está la Faz de Dios”.

El Amado se hace compañero del enamorado. El enamorado se hace compañero de Dios. Es la amistad más profunda y exige la total participación del enamorado. Somos sus “servidores” y a Él le gusta ser conocido como “el Servidor de Sus Servidores”. Recordemos las palabras de Krishna a Arjuna: “eres mi devoto y mi amigo”. Los sufis se llaman a sí mismos los “Amigos de Dios”.

Por medio del *dhikr* sintonizamos todo nuestro ser con la radiación del Amor. Aceptamos el dolor de la separación al mismo tiempo que la alegría de conocer a Aquél de quien estamos separados. Decimos el nombre de nuestro Amado porque nos recuerda a Aquel a quien anhelamos. Cuando decimos Allah con el corazón se trata a la vez de nuestra plegaria y de nuestra respuesta a ella. Le llamamos porque no le hemos olvidado. Recordarle en este mundo es estar siempre con Él. El corazón sabe esto aunque la mente no lo sepa.

Sobre la persistencia del *dhikr*, la perseverancia en él, un poeta sufi dice:

*Tanto tiempo lleva el Amado
sentado cara a cara con mi ávido corazón
que éste se ha convertido todo en Él.
Se vuelve dulce la madera
por su contacto con la dulzura;
el barro, encontrando la compañía de la flor
tomará su color y su aroma.*

Se cuenta que un día oyeron decir a Rabiá de Basora, la mística sufi del siglo VIII:

*Oh Dios mío, lo único que me ocupa,
mi único deseo en este mundo,
más allá de todo lo creado,
es Tu recuerdo.
Y, en el otro mundo, el anhelo del encuentro,
poder estar sólo contigo.
Este es mi afán, pero Tú, haz Tu voluntad.*

*Por el Prof. Héctor Ituarte
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*